

Breve recuento histórico de la historia de la educación en la Universidad Pedagógica Nacional

Belinda Arteaga Castillo

La Universidad Pedagógica Nacional (UPN) nació, por decreto presidencial (¿o debemos decir por aliento?) el 25 de agosto de 1978. Marcada por el conflicto, no sin ingenuidad fue vista por algunos docentes como la institución que el magisterio anhelaba para realizar, fuera de los cerrados espacios de la docencia como profesión de Estado, sus ansias de superación personal.

Otros, en cambio, vieron en esta universidad con vocación especializada un espacio para formar cuadros políticos de poca monta que, soportados por un título, pudieran dirigir los destinos de un sindicato nacional (¿único?) que ya por entonces se mostraba a los ojos de la crítica por lo menos desgastado.

Algunos intentaron hacer de nuestra casa de estudios una institución de educación superior que destacara por su excelencia, abocada a profesionalizar el magisterio, pero también a formar especialistas en investigación y gestión educativas.

A despecho de los viejos grupos de poder atrincherados en algunos espacios de la propia SEP y del sindicato, la universidad no fue nunca ni el caballo de Troya que usurpara las funciones de los organismos oficiales normativos, ni la cúpula del normalismo nacional encargada de controlar, dirigir y homogeneizar la formación de maestros, pero tampoco logró cristalizar en esa universidad idealizada capaz de competir con instituciones públicas y privadas por los primeros lugares en el escenario de la educación superior.

Su proyecto, sujeto a tensiones permanentes entre el SNTE y las burocracias gubernamentales, daría a luz a una institución sui generis, con todas

las funciones de una universidad pública, pero imbuida por el carácter normativo y operativo de organismo desconcentrado de la SEP lo que, como se vería con el transcurso del tiempo, le restaría autonomía y lo colocaría en un lugar subordinado, todo ello en detrimento de un desarrollo independiente.

Con respecto a su misión, la universidad asumiría por muchos años la tarea de formar una suerte de híbridos que transitarían del normalismo a la educación superior. Ello sin menoscabo de la realización de las tareas de investigación, difusión y extensión propias de toda universidad.

Su modelo curricular, más cercano al diseño ensayado ya por la Universidad Autónoma Metropolitana tuvo, desde sus mismos orígenes, poco o nada que ver con las viejas tradiciones alimentadas en las normales y en la normal superior, sobre todo con aquéllas que como el único doctorado gestado y desarrollado en dichos espacios, trasminaban un aroma de descomposición y corrupción.

Ya desde los primeros tiempos la universidad, sus académicos y sus alumnos/as se vieron comprometidos con un proyecto alternativo que, pese a su compromiso con la calidad educativa, poco pudo hacer frente a los múltiples adversarios que desde dentro y desde fuera pugnaron siempre por someter a la UPN.

Producto de estos litigios y de las disímiles vocaciones por las que optó, la universidad fue en muchos momentos más un campo de batalla que un espacio educativo.

No fueron pocos los que no podrían ver en ella más que un impulso demagógico de carácter lopezportillista o bien la concesión de un capricho voluntarista del SNTE, entonces dirigido por «Vanguardia Revolucionaria». Pero ¿era realmente la UPN sólo un apetecible botón financiero y político? ¿Una institución esclerótica sin oficio ni beneficio? ¿El resultado de un pacto entre algunos personajes del partido oficial y sus aliados en el sector educativo? A la distancia, lo que podemos afirmar es que la UPN fue desde sus orígenes un reto y un bocado difícil de digerir para quienes ansiaron hacerse con ella y controlarla.

Sobre todo si tenemos en cuenta que, antes de su inauguración, la universidad abrió sus puertas a selectos grupos de docentes y universitarios nacionales y extranjeros que, para sorpresa de muchos, convirtieron sus aulas y sus espacios de investigación en interpretaciones diversas pero respetables del deber ser de una institución de nuevo aliento, cuyo horizonte la ubicaba más como par de instituciones académicas de reconocido prestigio, antes que como agencia de colocaciones de burócratas o gestores sindicales.

Es también muy probable que estos mismos cuadros intervinieran directamente en el diseño de licenciaturas y proyectos de investigación vincula-

dos a la posibilidad de construir, en el mediano plazo, colectivos académicos sólidos que coadyuvaran en la realización de los mejores presagios sobre el ser y el deber ser de la Universidad Pedagógica.

En ese momento fundacional la historia de la educación como tal tuvo en nuestra institución un lugar compartido con otras disciplinas, como la sociología y la ciencia política. En la oferta curricular inicial de la universidad no existe como historia de la educación ninguna asignatura. En cambio, hubo otras asignaturas que como Funciones sociales de la educación o Formación social mexicana, intentaron explicar desde lecturas más amplias e interdisciplinarias los distintos proyectos educativos que concurrieron en nuestro país a partir del siglo XIX.

Por su parte, en investigación aparecen al lado de las antologías que se usan en las cátedras a manera de libros de texto, publicaciones iniciales entre las que destacan algunas obras dedicadas a revisar cronológicamente la historia de la formación docente (véase Ángel Pescador Osuna), la historia de la educación superior y algunas otras historias monográficas.

A pesar de que ya en ese momento se constituyen grupos en torno a figuras como Miguel Limón o Jesús Liceaga, éstos no alcanzan a consolidarse como colectivos académicos, aunque perduran en lo político.

Personalidades como César Morales o Alf Amon cursan en solitario en un contexto que diluye su presencia y no atina a dar cauce a su amplia y valiosa producción.

Los devastadores efectos de una matrícula de 80.000 alumnos para el sistema abierto que se extingue en el primer año de vida de la institución, sumados a las presiones de diversos grupos políticos, volatilizan el esfuerzo inicial y obligan a la universidad a ingresar en una espiral de definiciones y redefiniciones que recorrerán toda su historia y que obligarán tanto a la universidad como a diversas generaciones de académicos a ensayar rutas, abrir brechas, tomar riesgos y transitar permanentemente por un sendero condenado a bifurcarse, a multiplicarse, a constituirse en un largo y sinuoso camino que, como la esperanza, no se agota nunca.

Para la década de los años noventa y después de un agobiante tránsito marcado por la polifonía y el conflicto, la universidad abre un espacio para la investigación histórica. En su primera época, Laura Lima, Gerardo Palomo, Lucía Martínez, Rosario Soto, Miriam Maciel, Teresa de Sierra y quien esto escribe participan, al lado de otras y otros académicos, en el desarrollo de varios seminarios, uno de ellos: «Ciento cincuenta años de historia de la

1. Martínez Lucía (coord.), *Indios, peones, hacendados y maestros: viejos actores para un México nuevo (1821-1943)*, México, UPN, 1994.

2. Ramos Escandón Carmen, *Planear para progresar: planes educativos en el México Nuevo (1820-1833)*, México, UPN, 1994.

educación» logra dar a luz la obra *Indios, peones, hacendados y maestros. Viejos actores para un México nuevo (1821-1943)*,¹ diversos textos en torno a la biblioteca Gregorio Torres Quintero y el libro de Carmen Ramos *Planear para progresar*.²

Otros como: *La historia de la educación en el cine y en el video documental* y el de *Historia de la educación en México*, al que concurren como expositores los cineastas Busi Cortés, Alejandro Pelayo, Marisa Sistach, Consuelo Garrido, Alfredo Joskoviks, Nicolás Echevarría y Guillermo Montemayor así como los/as historiadores/as: Engracia Loyo, Josefina McGregor, Pablo Latapí y Norma de los Ríos, permiten definir el formato general de la serie de televisión «El aula sin muros», que en la actualidad se trasmite por la televisión mexiquense.

Se organiza un tercer seminario, bajo el título «Historia de la educación en México: Fuentes», que corre a cargo de Gerardo Palomo y que, lamentablemente, tiene menor fortuna, pues su destino, la identificación de fuentes históricas de primera mano para la historia de la educación en México, no llega más que a un recorrido por las unidades de la UPN en los estados de la república y la publicación de un breve folleto explicativo de este abortado esfuerzo.

En una segunda época, agrupados en torno al proyecto de la línea de historia de la educación y de la pedagogía de la maestría en Pedagogía, Valentina Cantón y Mario Aguirre Beltrán encabezan un nuevo intento que da lugar a la obra colectiva *Inventio Varia*³ y a algunos números monográficos de las revistas *Pedagogía* y *La Vasija*.

Es también en esta misma coyuntura cuando, a la vista de los conflictos y los asedios que desde dentro intentan clausurar a la Universidad Pedagógica como proyecto nacional, emergen obras individuales que responden con trabajo académico a la descalificación prejuiciosa de nuestras tareas y nuestros logros.

Finalmente, una vez superado el convulso escenario que tuvo en el paro más largo en la historia de la universidad su más clara expresión, los saldos al parecer son positivos, pues no fueron pocos los académicos que lograron, pese a las adversas condiciones, avanzar en su formación académica hasta ser reconocidos y aceptados como miembros del Sistema Nacional de Investigadores (SIN).

Otro efecto tiene que ver con el impulso de transformación que hoy rinde sus frutos al abrir espacios para la formación y consolidación de cuerpos académicos y redes interdisciplinarias e interinstitucionales dispuestas a dia-

3. Cantón Arjona y Aguirre Beltrán (coordinadores), *Inventio Varia*, México, UPN, 1994.

logar y a construir al lado de otros nuevos conocimientos sobre la educación como problema.

En el momento actual la Universidad Pedagógica Nacional marcha en varios sentidos. Uno tiene que ver con la incorporación de algunos de sus miembros a organizaciones de historiadores, tanto internacionales como nacionales,⁴ así como con la continuación de un esfuerzo de construcción de oportunidades para el fortalecimiento de sus cuadros académicos.

La activación de su vida colegiada se expresa ya tanto en el aliento a nuevas formas de organización académica como en la remodelación de sus espacios físicos.

En un contexto en el que, por una parte, organismos como el Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) enfatizan el hecho de que entre las comunidades académicas más consolidadas en el plano nacional se encuentra la de los/as historiadores/as y, por otra, a propósito de la Reforma Integral a la Educación Secundaria (RIES), la historia vuelve a estar en el centro de los debates nacionales, la Universidad Pedagógica se prepara para hacer rendir frutos a la nueva organización que se ha brindado.

Hoy por hoy los diversos grupos de nuestra institución, ocupados en hacer, aprender y enseñar historia, confluyen para, nuevamente reunidos y convocados por la historia como capítulo abierto, inventar y construir un horizonte de futuro en el que la Universidad Pedagógica deje de ser la comunidad soñada y/o descalificada, para transformarse en la utopía posible.

A partir de sus nuevas realidades, con la historia como llave maestra capaz de abrir las puertas y ventanas que por tanto tiempo nos han asfixiado, la universidad confronta hoy nuevos cuestionamientos: ¿podremos dialogar sin tratar de llegar a acuerdos que nieguen el reconocimiento de nuestra diversidad? ¿Sellaremos para siempre las arcaicas pretensiones que nos llevaron a negar nuestra fragilidad y su valor como recurso creativo? ¿Renunciaremos a la seguridad de la identidad en beneficio del cambio? ¿Podremos imaginar alternativas en las que el uso inteligente de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación hagan llegar al mayor número posible de comunidades educativas acervos y documentos que de otra manera serían inaccesibles? ¿Seremos capaces de construir una poderosa argumentación historiográfica destinada a la producción de nuevos conocimientos y a la formación de opciones pedagógicas que impacten el sentido del saber y

4. Entre estas asociaciones destacan: la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación, el Comité Académico Interinstitucional para el Fomento y Desarrollo de la Historia de la Educación y la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe, entre otras.

permitan la emergencia de nuevas narrativas y de formas distintas de escribir y aprender nuestras historias?

Situados frente a la incertidumbre no podemos sino cuestionarnos sobre si tienen todavía sentido los viejos argumentos que intentaron excluir y condenar a la Universidad Pedagógica o sí, por el contrario, en los albores del siglo XXI la UPN puede tener un papel como interlocutora en comunidades académicas más amplias y como creadora de nuevas opciones formativas.

Sin certezas, pero con un gran empeño, nuestra comunidad parece decidida a llamar a la historia por su nombre, no sólo para ubicarla en el lugar en el que le corresponde sino para librar una nueva batalla a favor de la educación pública y sus actores, que hoy como nunca demandan nuevas fórmulas para mostrar que uno y mil mundos son posibles manteniendo siempre vivas entre nosotros/as las voces de nuestro rico pasado/presente mexicano.